

recuadro

LITERATURA Y EXILIO

La historia del exilio y el espacio latinoamericano que abarca son tan extensos, los problemas políticos y culturales que implica tan complejos, que pretender abarcarlos en las pocas páginas de un focus sería pretensión vana. He preferido concentrarme en un área cultural a la que vagamente designamos como "cono sur", vistos los lazos que unen a los cuatro países aquí representados, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, y la no casual contemporaneidad de la implantación de dictaduras militares que en los años setenta provocaron un violento y robusto exilio intelectual. ^{en tres de ellos.} Visiblemente falta aquí otro país vinculado a los citados, Bolivia, pero quien hubiera debido testimoniar su situación no podía haber sido otro que Marcelo Quiroga, asesinado por la dictadura boliviana. A él está dedicado este examen de la problemática político-cultural de un área del continente, in memoriam.

Angel Rama

por Angel Rama

1. El pueblo de la días pora.

La turbulenta historia política de América Latina y el tenaz enfrentamiento del equipo intelectual civilista con los poderes militares o caudillescos, que ya emergiera al día siguiente de la Independencia, se ha prolongado tercamente hasta nuestros días, complicándose con nuevas manifestaciones que pueden emparentarse, como son las migraciones económicas aparecidas en este siglo y que solo por una casuística del razonamiento pueden desglosarse drásticamente de los exilios políticos.

Los millones de mexicanos que se han trasladado a California o Texas, los no menos numerosos paraguayos que han hecho de Buenos Aires la primera ciudad paraguaya, los dominicanos o colombianos que se han desplazado a Venezuela, como los recientes chinos, argentinos, uruguayos que se han distribuido por el mundo, constituyen un fenómeno migratorio que no puede atribuirse exclusivamente a razones económicas aparentemente imparciales, ajenas a toda vinculación con lo político. En muchos de esos casos se encontrará, como origen de esas razones económicas, una opresión política que, al mantener una rígida e injusta estructura social, cierra el horizonte de los hombres y los impulsa a la emigración tal cual ocurriera con los europeos en la segunda mitad del XIX.

En el mejor de los casos, esas migraciones testimonian la incapacidad de la dirigencia para resolver las necesidades básicas de la ciudadanía, subrayando el enlace entre economía y política. A partir de 1930 comienza a acentuarse en América Latina el desplazamiento masivo: por una parte, la migración interna que genera la acumulación urbana de modo dislocado y cuya causa inmediata es el empobrecimiento de las áreas rurales que nace de la nueva distribución internacional del trabajo; por otra parte, ampliando el anterior proceso, las migraciones externas cuyos polos dentro de América Latina han sido Buenos Aires, São Paulo, México y, más recientemente, Caracas y, en el exterior, varias ciudades norteamericanas, de Miami a Los Angeles.

La distinción, algo jerárquica y aristocratizante, entre el exiliado y el emigrante, merece algunos correctivos, sobre todo desde ese sutil desliza miento semántico que ha abandonado las

labras "proscripto" o "desterrado", que se usaron en el XIX, y ha sepultado la figura jurídica del "ostracismo", prefiriendo un término nuevo extranjero: exilio. El exiliado no es ya el ciudadano expulsado de la patria -medida harto caballeresca que dejaron de practicar los gobiernos represivos o sanguinarios- sino el que abandona voluntariamente su tierra, a veces para evitar persecución, prisión o muerte, con más frecuencia para continuar su tarea propia en país con condiciones más propicias, lo que incluye muchas veces la brega contra aquellos gobiernos. Aunque entre los exiliados son más notorios los miembros del sector intelectual -políticos, profesionales, escritores- son más numerosos los obreros, empleados, estudiantes y aun comerciantes. Vistas las raíces profundas de la masificación migratoria contemporánea, como la nueva concepción del exilio, se comprende que se esfumen las rígidas fronteras trazadas entre ambos fenómenos.

Solo viendo conjuntamente el proceso, se puede comprender la problemática de los escritores exiliados: al dejar de ser figuras aisladas sobre las que se concentran los focos, aparecen como integrantes distinguidos de un amplio estrato educado que se desplaza fuera de fronteras junto con poblaciones enteras. Todos constituyen el pueblo latinoamericano de la diáspora, a la búsqueda de países y ciudades donde un mayor grado de libertades públicas acompañado de posibilidades de trabajo, de educación y de ascenso social, configuren una **mejor** expresión de los derechos humanos. Tanto escritores como emigrantes, por ser fieles a tales ideales son infieles a las patrias originarias donde tales principios son negados, cosa que no ha dejado de serles reprochada dentro del emocionalismo que acompaña los sentimientos nacionales. Es la obra que cumplen en el exterior y su propósito de reintegrarse a las patrias cuando puedan hacer coincidir ideales y nación, lo que contesta a esos reproches.

Los pescadores y obreros de Tampa a los cuales ^{fue} José Martí para obtener el apoyo indispensable para intentar la independencia de Cuba ^{fueron} ~~eran~~ el paradigma del vínculo del intelectual con los emigrantes al servicio de un proyecto político y cultural, que se benefició ^{tanto} de la pervivencia en el extranjero de una cultura nacional ^{como} de la experiencia de un sistema de vida nuevo, no colonial

y más democrático que en la patria, atestiguando esa sutil transculturación que rige tanto a la diáspora como a los intelectuales individualmente. Pues esos pueblos son sometidos a vertiginosos procesos de transculturación, a experiencias sociales trastornantes y a rudas mutaciones; ~~en~~ en los jornaleros mexicanos instalados en la periferia de Los Angeles; ~~en~~ en los campesinos colombianos incorporados a Maracaibo o Caracas; ~~en~~ en los paraguayos de Buenos Aires. Podrá ser más drástica la modernización vivida en Estados Unidos pero no de naturaleza diferente a la que sufren los campesinos procedentes de áreas tradicionalistas de fuerte impregnación indígena al incorporarse a ciudades aluvionales, modernizadas por formas europeas o norteamericanas, (de América Latina,

Estas experiencias también se ejercen sobre el equipo intelectual, a pesar de estar mejor dotado educativamente, con más desarrolladas capacidades de adaptabilidad y horizontes más universales, pues también ~~en~~ miembros son sometidos a transculturaciones. Tanto en el sentido modernizador anotado, como en el descubrimiento de "otredades" culturales, que son enmascaradas por esa perspectiva externa al continente latinoamericano que lo visualiza como una unidad. No solo hay que subrayar las diferencias culturales flagrantes que distinguen al área andina suramericana del área aluvional rioplatense, o al área antillana de la que rige culturalmente la meseta mexicana, sino agregar que a pesar de tantos discursos, pactos internacionales y ceremoniosos intercambios de embajadas artísticas, la incomunicación entre los regiones de América Latina es mucho mayor que la existente entre los europeos. No hay puente cultural entre Argentina y México y los equipos intelectuales altamente desarrollados de ambos países se han caracterizado por un funcionamiento endógamo acentuado

o se han religado por su orientación hacia el exterior, Francia o Estados Unidos. Escritores como Jorge Luis Borges u Octavio Paz han desarrollado ricas carreras intelectuales que no han implicado el conocimiento del resto de América Latina, ausente de sus obras, reemplazado por la combinación del eje europeo y nacional. De ahí que el equipo argentino que últimamente se ha desplazado a regiones con las que prácticamente no tenía contacto -la América mestiza o la América mulata- esté descubriendo realidades

2. Visión macroestructural de América Latina.

dades tan exóticas como ^{en} las recorridas por Oriente de los europeos del siglo pasado.

Una similar experiencia inédita, cuyos resultados pueden ser óptimos, ha hecho el grupo intelectual brasileño que a la caída del régimen de João Goulart a manos de los militares (1964) se distribuyó entre los países hispanoamericanos, estando ahora reincorporándose a su patria. Estos intelectuales "descubrieron" Hispanoamérica, no solo en sus singularidades políticas sino también en sus moldes culturales: Mario Pedroza en Chile, Ferreira Gullar en Buenos Aires, Darcy Ribeiro en Montevideo, Francisco Julião en México, pasaron a ser embajadores de una cultura ignota e hicieron la evaluación de culturas familiares aunque remotas. Un libro imaginativo y talentoso como Las Américas y la Civilización de Darcy Ribeiro, hubiera sido imposible sin estos largos años de exilio. Si a esto se agrega el nutrido equipo profesional sureño que en la última década se ha instalado en el Brasil, podremos certificar que se ha roto, por primera vez en casi dos siglos, la tradicional incomunicación entre los dos grandes hemisferios de la cultura latinoamericana, lo que me parece un acontecimiento de primera magnitud.

Esto apunta a una primera comprobación acerca del exilio intelectual que ya ha sido formulada paradójicamente, poniendo a cuenta de los dictadores la aceleración del intercambio y de la unificación latinoamericana, tantas veces rubricada en el papel tan pocas en la realidad misma. Se han establecido contactos interzonales en un grado improbable en situaciones normales, lo que no solo ha facilitado el intercambio de conocimientos sino una confrontación de culturas que podrá tener imprevisibles y ricas consecuencias. Esos vínculos han contribuido a fundamentar una visión estructural conjunta, mucho mejor abastecida, y a diseñar proyectos comunes e interpretaciones globales. Ya está en curso en el pujante desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanistas pero ha alcanzado ahora a otros grupos de intelectuales y ha fortalecido la construcción del discurso crítico general sobre la comarca.

Además, a diferencia de lo que ocurriera en décadas anteriores donde el punto de vista globalizante (y aun, temerariamente unificante) radicaba en el exterior (Paris, Londres, New York) ahora ha comenzado a funcionar desde dentro (México sobre todo, aunque también Caracas y La Habana) ejercido por latinoamericanos principalmente, con curiosos resultados pues la previsible beligerancia (política, social) de estos nuevos discursos abarcadores del conjunto ya no va en mengua del rigor y la información documentada/^{de} que antes carecían frecuentemente. La compartimentación nacional o regional ha cedido en beneficio de una visión conjunta mejor articulada. Obviamente esto no responde únicamente a las acumulaciones de intelectuales exiliados en algunas ciudades, sino también al progreso de las disciplinas que ejercen que a su vez ha recibido el impacto de las concepciones macroestructurales y universalistas que vienen caracterizando/los más variados estudios, de los económicos a los lingüísticos.

La repercusión de este cambio en la literatura (desde las producciones estéticas hasta las indagaciones críticas) se testimonia en una doble expansión que coordina la vastedad del tiempo con la del espacio, cifrando una alta ambición del equipo intelectual. El acantonamiento en la contemporaneidad que dominaba/^a la literatura anterior ha dado paso a discursos más completos que no se limitan a recuperar épocas pasadas sobre el modelo historicista romántico, sino que procuran estructurar pasado y presente en un solo discurso significador. Estamos presenciando la reaparición de la Colonia y aun/^{de} las culturas autóctonas anteriores y desde luego nuestro tremolante siglo XIX, mediante obras donde lo fundamental son las redes que enlazan los materiales, más que la rareza de estos: Yo el supremo de Roa Bastos o Terra Nostra de Fuentes o El estrecho dudoso de Cardenal o Cien años de soledad de García Márquez, son hitos de esta tendencia. A otros no les resulta suficiente el tiempo largo y también procuran la articulación del también largo espacio latinoamericano, al que ya había tendido una ensayística sociológico-literaria como la de Eduardo Galeano en Las venas abiertas. El título de una novela reciente, lo dice: Homérica Latina. Más que la búsqueda de las semejanzas y diferencias, que de Alfonso Reyes a Ezequiel Martínez Estrada motivó a una generación de ensayistas, es la pesquisa de la macroestructura que pueda explicarnos el funcionamiento de un continente y justificar un destino válido. Orgambide, Posse, Britto García han propuesto dispares versiones de este modelo.

3. El escritor y sus públicos

El problema central radica en la relación escritor-público. Al producirse el exilio, más de un escritor habrá descubierto con sorpresa que ella no circulaba en una sola dirección, desde el autor al lector, sino que emisor y receptor estaban situados en un medio de recíprocas circulaciones y mutuos abastecimientos, que ambos trabajaban elaborando una misma cultura, sobreentendiéndose dentro de ella e intercomunicándose sin cesar.

Esta situación es trastornada. El escritor exiliado funciona ahora en relación con tres públicos potenciales: el del país o cultura en que provisoriamente se encuentra instalado; el de su país de origen al que pretende seguir hablando a pesar de las trabas dictatoriales y el público de sus compatriotas que integran el pueblo de la diáspora y dentro del cuál comúnmente se mueve como en un ghetto cultural. Aunque es posible optar por uno solo, lo habitual es el intento de conjugar estos diversos públicos, lo que reitera la situación macroestructural que vimos, respecto a los asuntos y que ahora se vuelve más íntima de la obra, porque afecta su misma elaboración. Si se tiene en cuenta el alto grado de complicidad cultural, semántica y lingüística, en que se generan las obras literarias, fácilmente se percibirá que el escritor queda instalado en un cruce de divergencias y aun de contradicciones, las cuales, paradójicamente, pueden ser más intensas cuando se ha trasladado a un país de su misma lengua que si vive dentro de una comarca lingüística ajena, pues en este caso es tan drástica la diferencia que solo puede abandonar su lengua o replegarse integralmente sobre sus orígenes culturales, tal como es más común. Puede ser Conrad o puede ser Kavafis. El largo autoexilio de Julio Cortázar en París lo llevó a asumir integralmente la lengua de Buenos Aires (aun más que de la Argentina) de tal modo que todos sus personajes, provengan de donde sea, se homologue lingüísticamente dentro de la obra por el mismo uso del habla porteña.

Difícil situación del poeta que trabaja rigurosamente su lengua. No se trata de la sustitución de "auto" por "carro" sino de esa carga emocional que mueve a las palabras, de su rico plurisemantismo que responde a la cultura dentro de la cual son seres vivos, polifacéticos, ambiguos, misteriosos, enmascarados muchas veces, capaces de soliviantarnos inesperadamente. "Aduana lingüística" tituló un ensayo Alfonso Reyes hablando de las equivalencias del lenguaje erótico y obsceno de las diversas zonas americanas.

¿Qué hispanohablante no sabe la fuerza de esas palabras secretas en que arde el insulto, el amor, la piel toda? ¿Quién no sabe también como se tornan oníricos relojes de goma dentro de otra comunidad lingüística y cómo las peculiares de ésta última nada dicen del ardor que se pretende comunicar? Así con todas las palabras y es con/palabras que un escritor construye su obra. Esto puede extenderse del campo lingüístico al más vasto que solo puede denominarse cultural, reconociendo que cada una de las áreas hispanoamericanas responde a coordenadas culturales específicas que han quedado impuestas en la lengua.

No son barreras insalvables pero sí vallas que entorpecen la comunicación. Sitúan al escritor exiliado en la condición de huésped temporario de una cultura. Se le reconoce el derecho a su vínculo con la comunidad de origen, más que con la adoptada circunstancialmente. No hablo aquí de celo y de xenofobia, lepras más difundidas de lo que se quiere reconocer, por cortesía y por cálculo. Se abre para el escritor el diálogo con esos dos otros públicos: el de su patria que está en cautividad y al que poco llegan sus palabras y el de la diáspora que es el más fértil e interesado en su mensaje. Vive las mismas circunstancias del escritor: Son: su traslación fuera de fronteras, su nostalgia de los orígenes, su esperanza de una transformación de la patria, su inquietud respecto a los descendientes que, como es normal comienzan a desligarse del pasado y a integrarse en las condiciones de la nueva sociedad en que viven. Respecto a ambos públicos se actualizan comportamientos que ya han sido vistos muchas veces: custodios y conservadores de una herencia cultural e intérpretes de las soluciones políticas que puedan acrecentarla.

4. Custodios del legado cultural.

Uno de los efectos más perniciosos de las dictaduras ha sido la negación del campo intelectual. Los escritores han sido vistos por los militares como los responsables de la agitación social que procuraba modificar las estructuras políticas del país. Aunque la inculpación se ha generalizado exageradamente, hay en ella un fondo de verdad: la vida intelectual democrática, con su capacidad de análisis de los problemas fundamentales, fue uno de los orígenes del cuestionamiento de las arcaicas estructuras de los países del continente, reclamando una transformación modernizadora y a veces una revolucionaria. En la Universidad, en las revistas intelectuales, vieron los mili

tares un peligro hasta mayor que el proveniente de las filas obreras. A eso respondieron con el desmantelamiento de las Universidades, la destrucción de las editoriales, la persecución a intelectuales, la prohibición de toda actividad, por neutral que fuera, que pudiera llevar a la restauración de la vida cultural. De Guatemala al Uruguay los intelectuales que han quedado dentro de fronteras han sido condenados al silencio y nada se permitió que entrara del exterior para contribuir a un diálogo cultural.

El orden castrense instauró en colegios y academias una norma retórica y oficial. Toda la vida cultural, no solo sus manifestaciones de punta, fue ahogada por los militares y eso se agravó por el empobrecimiento económico de la sociedad. Impusieron una rígida reestructuración de valores, de signo exactamente contrario al que venían proponiendo libremente los intelectuales. De ahí que el escritor del exilio, ^{exterior} a quien le están permitidas libertades negadas al escritor del exilio interior, haya debido asumir la responsabilidad de custodio de una cultura negada y haya tratado de mantenerla y acrecentarla.

Ignoro por qué el chileno Antonio Skarmeta se ha opuesto a esta función intelectual que estimé altamente, visto que él se ha consagrado a ella. Efectivamente, los escritores del exilio han trabajado, en abrumadora mayoría, sobre las tradiciones culturales nacionales (descubriéndose la incadescendencia del nacionalismo en esta nueva circunstancia) procurando la restauración de los valores creativos de la cultura originaria y al mismo tiempo de sus reclamaciones, sus protestas, incluso sus venganzas.

Esta tendencia ha sido acrecentada por la peculiar situación de las letras, capaces de traducir en formas persuasivas y explicativas las causas de las grandes agitaciones vividas por una comunidad, cuando ellas cesan, temporaria o definitivamente. En ese momento irrumpe la literatura como una descarga, respondiendo a la demanda del público, en este caso del pueblo de la diáspora. América Latina ha visto una y otra vez estas eclosiones literarias, luego de grandes sacudimientos sociales: la narrativa de la violencia colombiana, a partir de la "pax" de Rojas Pinilla; la literatura testimonial venezolana desde 1968, la narrativa de la revolución mexicana aun antes, la de la España posfranquista. El período en que la acción solo dejaba sitio para la consigna, es seguido por otro en que la reflexión, la explicación, la reviviscencia de lo vivido, el testimonio del sufrimiento, se traducen en productos literarios. Es cierto que la sombra de Edmundo Dantés pla-

nea sobre estas obras que a veces son desgarrados gritos. Pero también en ellas una comunidad se explica largamente y se reencuentra.

Es una literatura de derrotados. Ya alguna vez se observó que las derrotas nos han dotado de obras tanto o más importantes que las victorias, quizás porque exigen un esfuerzo más tenaz y conducen a los límites mismos de la literatura. Una literatura de derrotados no es forzosamente una renuncia al proyecto transformador, sino una paréntesis interrogativo. La perspectiva desde la cual el escritor puede hablar dispone del mínimo reposo indispensable y los sucesos pasados pueden percibirse ya conjuntamente, detectando su coherencia y su significado. Este período puede ser, artística y intelectualmente, aún más profícuo que el representado por la anterior literatura militante. Así, volviendo la cabeza para ver los hogares abandonados y "de los sus ojos tan fuertemente llorando", se abre la obra en que fundamos la lengua literaria española, el Poema del Mio Cid, que es el poema del destierro y, también, de la esperanza de retornar. Así también están escribiendo este largo y doloroso poema los escritores latinoamericanos del exilio. Pero también, como al desgaire de su evocación alucinada del pasado nacional, están fundando la comunidad literaria latinoamericana del futuro.

Angel Rama